

# El grito que aún no resuena: Sinodalidad y profetismo en tiempos urgentes

Roberto Malvezzi y Moema Miranda

Cuadernos de Estudio OLS N.º 007 | Marzo de 2025



Observatorio  
Latinoamericano  
de la Sinodalidad



# El grito que aún no resuena: Sinodalidad y profetismo en tiempos urgentes

Roberto Malvezzi y Moema Miranda



Observatorio  
Latinoamericano  
de la Sinodalidad

Cuadernos de Estudio OLS N.º 007 | Marzo de 2025

Cuadernos de Estudio OLS • No. 007 • Marzo de 2025

ISBN: 978-9915-9699-8-5

Título original: *O grito que ainda não ecoa: Sinodalidade e profetismo em tempos urgentes.*

\* \* \*

### **Consejo Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad**

Agenor Brighenti

Silvia Cáceres

Edward Guimarães

Moema Miranda

Alejandro Ortiz

João Décio Passos

Carlos Schickendantz

Consuelo Vélez

### *Autores*

Roberto Malvezzi (Gogó) y Moema Miranda, OFS

### *Dirección editorial*

Óscar Elizalde Prada

Rosario Hermano

### *Traducción*

Micaela Díaz Miranda

Óscar Elizalde Prada

### *Revisión de estilo*

Óscar Elizalde Prada

### *Proyecto gráfico*

Giovanny Pinzón Salamanca

### *Diseño y diagramación*

Milton Ruiz Clavijo

### *Portada:*

Milton Ruiz Clavijo

© 2025, Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad

Juana de Arco 3324 – CP 11700

Montevideo – Uruguay.

Teléfono: (598) 99 177 138

E-mail: [observatoriosinodalidad@gmail.com](mailto:observatoriosinodalidad@gmail.com)

[www.observatoriosinodalidad.org](http://www.observatoriosinodalidad.org)

El Observatorio Latinoamericano de la Sinodalidad es liderado por la Fundación Amerindia y cuenta con el apoyo de Porticus. Esta publicación puede ser reproducida citando la fuente.

En este texto queremos reflexionar, intentar comprender y sugerir alternativas a lo que nos parece una ausencia relevante. De forma clara y comprometida debemos reconocer que en algunos de los principales documentos sinodales ha estado ausente el mundo. ¡Sí! El mundo en el que somos Iglesia. Todo sucede como si habitáramos un tiempo-espacio histórico indeterminado e indiferenciado. Y la ausencia no es solo de una referencia sustantiva a las llamadas “cuestiones ambientales”.

Queremos enmarcar el debate en términos más profundos: estamos experimentando efectivamente la posibilidad de que los seres humanos podamos destruir las condiciones de habitabilidad para la vida en el planeta Tierra. No se trata de alarmismo, pesimismo ni catastrofismo. Esto no es una idea, una opción de interpretación o hermenéutica. Es la expresión indiscutible de la realidad del planeta.

La realidad del mundo de hoy —las amenazas reales de destrucción— no puede estar ausente del proceso sinodal que recoge ideas para una eclesiología contemporánea. La ausencia del mundo en los documentos hace aún más urgente que en las próximas etapas el grito de la Tierra sea escuchado seriamente, en Espíritu y verdad: cualquier soteriología hoy supone tener como misión eclesial salvar la Tierra de la destrucción antrópica.



# El grito que aún no resuena: Sinodalidad y profetismo en tiempos urgentes

“Invito a cada uno a acompañar este camino  
de *reconciliación con el mundo*  
que nos alberga, y a embellecerlo  
con el propio aporte,  
porque ese empeño propio tiene que ver  
con la dignidad personal y con los grandes valores”.  
Papa Francisco, *Laudate Deum* 69 (cursivas de los autores).

## I. Convergencias, divergencias y ausencias

El pontificado de Francisco —el Papa que afirmó haber venido del “fin del mundo” — ya ha dejado marcas memorables en la Iglesia católica y su presencia en el mundo. El proceso de amplia consulta y participación que ha implicado el Sínodo de la Sinodalidad no

será el menor de sus logros, al haber movilizado a miles de fieles, parroquias, sacerdotes y obispos en todos los continentes. La dinámica implementada hasta ahora, pretende garantizar la participación cualificada de todo el Pueblo de Dios.

Como resume Agenor Brigenti, importante asesor del proceso sinodal, “en términos generales, el Sínodo de la Sinodalidad quiere retomar e implementar la eclesiología del Vaticano II, que concibe a la Iglesia como Pueblo de Dios. Se trata de una tarea pendiente, sobre todo después de las *tres décadas de involución eclesial* que han precedido al actual pontificado”<sup>1</sup>. Sin duda, una propuesta profética y desafiante.

En un proceso de esta naturaleza, no es de extrañar que sean muchas y relevantes las divergencias, las diferencias de abodaje, de énfasis y de priorización. De igual modo, es de esperar que exista desigualdad en cuanto al compromiso de las parroquias o regiones en las distintas etapas en las cuales la participación es posible.

También se esperaban importantes y expresivas convergencias, que ayudan a comprender que la comunión de los fieles (*communio fidelium*), a pesar de todos los desafíos, se mantiene viva en su vínculo intrínseco con el “ministerio petrino en virtud del cual el Obispo de Roma (...) expresa la comunión de todas las Iglesias, de todos los obispos” (IL 10). Esto permite que, como dice el *Instrumentum Laboris*, en el proceso de diálogo se exprese “la unidad como armonía en las diferencias” (IL 10).

Agenor Brigenti y otros analistas han ayudado a comprender cómo el método utilizado para conducir los procesos de diálogo y escucha, la “conversación en el Espíritu”, basado en los principios de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, contribuye,

pero también dificulta y limita los debates. Todos estos son aspectos que deben tenerse en cuenta en las próximas etapas de la dinámica sinodal.

Sin embargo, en este texto queremos reflexionar, intentar comprender y sugerir alternativas a lo que nos parece una ausencia relevante. De forma clara y comprometida debemos reconocer que en algunos de los principales documentos sinodales ha estado ausente el mundo. ¡Sí! El mundo en el que somos Iglesia. Todo sucede como si habitáramos un tiempo-espacio histórico indeterminado e indiferenciado. Y la ausencia no es solo de una referencia sustantiva a las llamadas “cuestiones ambientales”: los eventos extremos que afectan a todos los continentes, provocando migraciones climáticas de proporciones nunca antes vistas; la reducción de innumerables especies animales con las que cohabitamos el planeta Tierra; la destrucción masiva de bosques, que provoca sequías e inundaciones, dejando Estados y ciudades enteras sumergidas; las temperaturas más altas en miles de años, causando la muerte de humanos y no humanos; el deshielo de los casquetes polares, que ya altera el movimiento de la órbita terrestre.

No se trata solo de la ausencia de una referencia a lo que el papa Francisco en su encíclica *Laudato Si*, publicada hace casi diez años, llamó el “grito de la Tierra”. Y sin olvidar tampoco que “somos tierra” (*LS 2*): laicas y laicos, consagrados, presbíteros, obispos, todos “somos tierra”. Por eso, cualquier Iglesia ubicada en el planeta, que reúne a seres que dependen de la Tierra para existir, para “orar, escuchar, analizar, discernir y aconsejar para que se tomen decisiones pastorales más conformes a la voluntad de Dios” (*CTI 68*, apud *IL 67*), se verá directamente afectada por lo que está ocurriendo en el mundo. No, aquí no queremos reflexionar solamente sobre la ausencia de la “cuestión ambiental”, como

una entre tantas otras que la Iglesia debe afrontar en el siglo XXI, nos guste o no.

Queremos enmarcar el debate en términos más profundos: estamos experimentando efectivamente la posibilidad de que los seres humanos podamos destruir las condiciones de habitabilidad para la vida en el planeta Tierra. No se trata de alarmismo, pesimismo ni catastrofismo. Esto no es una idea, una opción de interpretación o hermenéutica. Es la expresión indiscutible de la realidad del planeta.

En la exhortación apostólica *Evangelii gaudium* el papa Francisco afirmó: “la realidad es superior a la idea”. Esta consigna, repetida en varios documentos del pontífice, contribuye a la superación de milenios de dualismo e idealismo. La realidad del mundo de hoy —las amenazas reales de destrucción— no puede estar ausente del proceso sinodal que recoge ideas para una eclesiología contemporánea. ¡Sin el mundo no hay salvación! ¡No hay Iglesia, ni Eucaristía, ni seguimiento de Jesús, ni siquiera la posibilidad de hablar de Dios!

La ausencia del mundo en los documentos hace aún más urgente que en las próximas etapas el grito de la Tierra sea escuchado seriamente, en Espíritu y verdad: cualquier soteriología hoy supone tener como misión eclesial salvar la Tierra de la destrucción antrópica.

## 2. ¿Por qué debemos hablar del Antropoceno?

En una reciente entrevista con la ministra de Medio Ambiente de Brasil, Marina Silva, una reconocida ambientalista, el entrevistador le preguntó cómo se sentía ser una de las primeras personas

en tomar conciencia de la inminente crisis ambiental a principios de los años 80. Cómo fue haber estado prácticamente sola cuando muchos dudaban o ridiculizaban sus posiciones. Ella respondió usando la parábola bíblica de Mateo 20, en la que los últimos trabajadores de la viña reciben el mismo salario que los primeros. Según ella, todos somos necesarios para cuidar el planeta y la posibilidad de encontrar caminos socioambientalmente justos, ante los desafíos que enfrentamos. No importa que hayan llegado a la décima segunda hora, lo importante es que contribuyan al Reino.

Esta comprensión revela una gran sabiduría y delicadeza. De hecho, la conciencia ambiental moderna tuvo varios comienzos, siendo la década de 1960 un hito importante. Sin embargo, el escenario ambiental estuvo durante mucho tiempo dominado por una visión conservacionista, que despolitizaba el debate y dificultaba la comprensión de las cuestiones que realmente estaban en disputa. De este modo se comprende por qué hasta los años 90, muchas de las personas que en América Latina estaban comprometidas con la lucha por la justicia social consideraban que la causa ambiental era un asunto para otros: para los países que ya habían resuelto sus problemas económicos.

No ha sido fácil reconocer que el modelo de desarrollo hegemónico, el capitalismo actualmente en su fase más destructiva, desigual y beligerante, es incompatible con el metabolismo del planeta. Durante muchos años se consideró que con algunos ajustes sería posible paliar sus problemas sistémicos: más justicia social, mejor distribución de la renta o políticas de compensación ambiental, por ejemplo. Poco a poco —de hecho, más lentamente de lo que urge el “reloj de la Tierra”— se va evidenciando que un sistema de acumulación ilimitada de bienes de la naturaleza,

transformados en ‘recursos naturales’, no se armoniza con un planeta vivo como el nuestro.

Con sensibilidad, el papa Francisco en la encíclica *Laudato si’* afirma que en la dinámica destructiva de la Tierra, “no sólo hay ganadores y perdedores entre los países, sino también dentro de los países pobres, donde deben identificarse diversas responsabilidades. Por eso, las cuestiones relacionadas con el ambiente y con el desarrollo económico ya no se pueden plantear sólo desde las diferencias entre los países, sino que requieren prestar atención a las políticas nacionales y locales” (LS 176).

En América Latina, fueron las luchas de los movimientos territoriales las que permitieron por primera vez reconocer la alianza intrínseca entre lo que los teólogos luego llamaron el “grito de la Tierra y el grito de los pobres”. Desde la década de 1980, la lucha de los pueblos indígenas, de comunidades tradicionales, afrodescendientes y campesinos —con sus diferentes estrategias de propiedad y uso sostenible de la tierra— ha contribuido a despertar una nueva conciencia ecológica. Las acciones de personas como Chico Mendes, en Brasil, que combinaron la defensa de la selva con la construcción de una alianza entre los ‘pueblos de la selva’; las luchas de los pueblos andinos por el reconocimiento de los derechos de la naturaleza y la convivencia en armonía con *la Pacha Mama*; las luchas de las mujeres campesinas, indígenas y rompedoras de coco babasú en defensa de los árboles, las semillas, el agua y los animales, son parte importante de un despertar de conciencia que, lamentablemente, aún está en los márgenes del sistema dominante.

Desde la “opción preferencial por los pobres”, parte fundamental del proceso de recepción del Concilio Vaticano II en América

Latina —no sin dificultades y martirios—, la Iglesia de los pobres estuvo proféticamente presente en la defensa de la justicia socioambiental. En Brasil, por ejemplo, la creación de la Pastoral de los Pescadores en 1970, del Consejo Indigenista Misionero (CIMI) en 1972, y de la Comisión Pastoral de la Tierra en 1975, por la Conferencia de Obispos de Brasil, contribuyó a que la defensa de los derechos de los pueblos se aliara a la defensa de la integridad de sus territorios: nacía así, en el terreno, en la base, en alianza con pescadores, campesinos, indígenas y quilombolas, el encuentro pastoral profundo entre el grito de los pobres y el grito de la Tierra.

La dinámica de las luchas sociales no siempre ha estado en diálogo con el mundo de la ciencia. Pero no es casualidad que también en los años 80, científicos de la NASA acudieran al Senado norteamericano para constatar que el planeta estaba entrando en una fase compleja de cambio climático, con un significativo calentamiento global causado por efectos antropogénicos. En otras palabras, la acción humana —o, más bien, la acción de algunos grupos humanos— estaba teniendo un impacto decisivo en el clima del planeta. Esto se debe a que, según estudios corroborados desde los años 2000, el 10% más rico del planeta es responsable del 47% de la producción de gases de efecto invernadero<sup>2</sup>.

Fue en el contexto de los debates de la década de los 80 que el químico atmosférico James Lovelock y la bióloga Lynn Margulis, basándose en estudios cosmológicos y microbiológicos, crearon la Teoría de Gaia, según la cual nuestro planeta es único en el sistema solar —y, después se constató, en todo el cosmos hasta donde nuestra ciencia nos permite llegar—: la Tierra es un ‘superorganismo vivo’. Aquí, en este ‘punto azul pálido’ en un cosmos helado y silencioso, la presencia de vida ha reconfigurado el pla-

neta. La vida ha ido creando las condiciones y la habitabilidad del planeta para formas de seres cada vez más complejas. Billones de años, un universo que alberga trillones de soles, lunas y planetas: todo esto fue una condición de posibilidad para que existieran seres que piensan, sienten y alaban a Dios con lenguaje simbólico. “La dimensión religiosa de la existencia nos lleva al centro de la existencia sin perder su eje fundamental y necesario: en la vida todo está conectado, reconectado, interconectado y en una conexión profunda con el Ser original y originante que hace que la vida suceda en su plenitud”<sup>3</sup>.

Desde hace varias décadas, la comunidad científica internacional, especialmente a través del Panel Intergubernamental de Cambios Climáticos, en sus múltiples estudios e informes, ha afirmado sin margen de error que son los factores antropogénicos —aunque producidos de manera desigual— los que están llevando al planeta a estar cerca del punto de no retorno en muchos de sus límites.

A partir de la década de 2000, el complejo fenómeno mediante el cual la acción humana pone en riesgo las posibilidades de vida en el planeta se ha denominado Antropoceno. Se trata de un nuevo período geológico en el que “el ser humano se convierte en un factor geofísico”, interfiriendo directamente en los procesos más complejos a través de los cuales el planeta encontró equilibrios que permitieron la existencia y la permanencia de la vida. Así, “propuesto por expertos en Ciencias del Sistema Tierra, el Antropoceno es la toma de conciencia fundamental para entender lo que está sucediendo. Es nuestra era. Nuestra condición. Porque no se trata de una crisis medioambiental, sino de una revolución geológica de origen humano. El Antropoceno es el signo de nuestra potencia, pero también de nuestra impotencia”<sup>4</sup>.

La entrada en esta nueva era geológica redefine toda la historia humana y evidencia su vínculo intrínseco con la historia del planeta, del que depende para existir. A partir de aquí, es imposible pensar la historia solo en términos humanos y continuar, como se hacía en la Modernidad, considerando el medio ambiente, el planeta, solo como una especie de marco, de escenario, donde se desarrolla el drama histórico de la especie humana<sup>5</sup>.

Fue precisamente porque comprendió este vínculo, que en la encíclica *Laudato si'* el papa Francisco retomó una afirmación muy importante del papa Benedicto XVI: “la Iglesia no sólo intenta recordar el deber de cuidar la naturaleza, sino que al mismo tiempo ‘debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo’” (LS 79)<sup>6</sup>. Esto se debe a que, como reconoce el pontífice, “la libertad humana puede hacer su aporte inteligente hacia una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nuevas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos” (LS 79).

Dada esta contingencia inédita, pero constitutiva del tiempo que vivimos, la sinodalidad y la vida de la Iglesia, la historia del Pueblo de Dios y su eclesiología, no pueden discutirse seriamente haciendo abstracción de las condiciones de la Tierra. Esto habría sido posible en el milenio pasado. Y así fue. Pero no ahora, no cuando el ser humano, a través de una pequeña “élite de poder” (LD 38) es “capaz de destruir la vida” y se permanece alienado a su propio potencial destructivo, ya que “la matriz de pensamiento propia del paradigma tecnocrático nos engeuece y no nos permite advertir este gravísimo problema de la humanidad actual” (LD 24).

Por eso tenemos que hablar del Antropoceno. Debemos crear dinámicas sinodales que favorezcan la reconexión entre la salvación y la misión salvífica de la Iglesia con la defensa apasionada de las

condiciones de vida en el planeta. Como Iglesia, necesitamos una eclesiología que fortalezca los vínculos que nos unen al destino de toda la creación: necesitamos “reconciliarnos con el mundo”.

### 3. La peligrosa ruptura entre creación y salvación

Al fin y al cabo, ¿por qué hablar de sinodalidad cuando se habla de creación? Juan Pablo II dijo que es necesario rastrear las huellas de Dios impresas en el Universo. El Papa Francisco nos dice que la creación es, de algún modo, expresión de la Santísima Trinidad, es decir, ese “todo está conectado” concierne también al destino final de la obra creada. Como decía Leonardo Boff, el cuerpo de Cristo resucitado y el cuerpo de María elevado al cielo, llevaron consigo un poco de nuestro planeta, lo que se traduce en un compromiso de su parte también con esta Tierra.

Bíblicamente, es relativamente sencillo comprender el diseño de Dios con toda la creación. Nuestro Dios es el Creador (cf. *Gn* 1); Él es un Dios que se alía con toda su obra creada (cf. *Gn* 8); es un Dios que más tarde se alía con un pueblo y se convierte en su liberador (cf. *Dt* 30,20); es un Dios que se encarna y se hace tierra en esta Tierra (cf. *Jn* 1); es un Dios que redime a toda la creación (cf. *Rm* 8,20-21); y es un Dios que lleva a toda su creación a la plenitud (*Ap* 20,2).

Por eso, es bueno decirlo claramente: no hay dos ciudades, una terrena y otra celestial, sino un único proyecto, el de Dios que crea, se inserta en la creación en la persona de su hijo, eleva a toda la humanidad y a todas las criaturas al Creador, pero se hace humano para siempre. No se trata de un dualismo, sino de un proyecto único que tiene un principio, un medio y un fin (propósito, finalidad). Por tanto, Él, Jesús, es el puente entre el mundo

creado y el mundo del Creador, el sacerdote, de hecho, el único sacerdote. Más que nunca, necesitamos ir más allá de una “ecología integral” para tener una “eclesiología integral”, una “teología integral”, en las que ninguna de las obras de Dios quede excluida.

De este modo, todos los indicios apuntan a un propósito de Dios, a un proyecto, a un sentido para toda la creación. ¡Hablar de sinodalidad y excluir a la creación nos debe dejar perplejos! Al fin y al cabo, la Iglesia, incluso su órgano de gobierno, no vive algunos kilómetros por encima de la Tierra y de la humanidad, sino que vive sobre la faz de la Tierra, está compuesta de esta Tierra y debe una respuesta a la dramática situación en la que están inmersas la humanidad y la Tierra misma. *Laudato si'* ya nos ha situado en este terreno incómodo y movedizo. Ciertamente, repensar la cuestión de la sinodalidad a la luz de los desafíos socioambientales no es solo una estrategia, sino una necesidad eclesial y una imposición de la misma revelación bíblica, fundamento de nuestra fe y misión. En tiempos apocalípticos, es necesario repensar el sentido soteriológico de la Iglesia de Jesús.

#### 4. La promesa de la Alianza: en Cristo toda la creación será redimida

¿Qué eclesiología necesitamos para tiempos de colapso?

La persona de Jesús en esta relación con la creación merece una atención particular. El prólogo del Evangelio de Juan es un resumen de todo el proyecto de Dios. Frase a frase, el texto es una síntesis teológica, pero también un poema, de una gran belleza y también de una gran claridad:

“Al principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. Al principio estaba junto a Dios. Todo fue hecho por medio de ella, y nada de lo que existe se hizo sin ella. En ella estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en las tinieblas, pero las tinieblas no la vencieron (...). Ella estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por ella, pero el mundo no la conoció (...). Y la Palabras e hizo carne y puso su morada entre nosotros” (*Jn 1, 1-14*).

El mismo Dios que crea, es el que se encarna en la persona del Hijo. Él es el alfa y el omega, el principio, el medio y el fin. Así pues, nos hemos acostumbrado a hablar del ‘Cristo cósmico’, pero tenemos dificultades prácticas para asimilarlo en el conjunto de una eclesiología de la creación, de la que Él es la piedra angular. Después de todo, Él vino a morar entre nosotros, y cuando resucitó, tomó parte de este planeta, de este universo, en su carne glorificada para estar con el Padre. Además, si por una parte elevó a toda la humanidad a la filiación divina, por otra se hizo hombre para siempre. El Cristo resucitado tiene carne, huesos, rostro, y una vez resucitado, nos eterniza.

Pablo lleva esta verdad hasta sus últimas consecuencias cuando afirma claramente: “también la propia creación espera ser liberada de la esclavitud de la corrupción, para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios” (*Rm 8,21*). Ahora bien, sabemos que nuestra redención también pasa por el Hijo de Dios, así como la redención de toda la creación. Además, la Nueva Alianza asimila la Antigua Alianza que Dios hizo con Noé, sus familiares, con los animales domésticos y salvajes, con todas las generaciones futuras y con la Tierra misma. Por tanto, la Alianza no puede reducirse a una cuestión subjetiva de los ‘salvados’, sino que es objetiva, incluye a toda la creación más allá del ser humano.

Comprender, por tanto, el Antropoceno y todas sus consecuencias para la humanidad y para toda la Tierra, significa también superar teológicamente la visión de una redención exclusivamente humana, pues la creación es un don de Dios con pleno sentido escatológico, no solo un recurso a ser instrumentalizado por la humanidad.

Aún más, el propósito de Dios se consuma en el libro de Apocalipsis. Allí queda claro que todo llega a la plenitud, finalmente llegaremos realmente al paraíso, ya no como un anhelo, sino como la plenificación de nuestra esperanza:

“Luego me mostró un río de agua vida, transparente como cristal, que brotaba del trono de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la Ciudad y a orillas del río se halla un árbol de vida que da doce cosechas, una cada mes, cuyas hojas sirven para sanar a la gente. Y no habrá allí ninguna maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en la Ciudad, y sus servidores le darán culto” (*Ap 22,1-3*).

Por lo tanto, es un jardín, un lugar lleno de gente y de naturaleza, un paraíso que está en el futuro, no en el pasado. Pero también es una ciudad que “no tiene templos” (*Ap 21,22*), la luz es Dios mismo y el Cordero es su lámpara (*Ap 21,23*), así que no tiene mediaciones institucionales, los bienes son comunes, no hay propiedad privada, cuentas bancarias, acumulación de capital, devastación ambiental, nada de lo que la sociedad capitalista nos propone como su paraíso. Este es nuestro futuro.

De este modo, una Iglesia sinodal es también una Iglesia en salida hacia la gente, hacia el mundo y hacia toda la creación. También debemos respeto a la creación y diálogo, en el espíritu de san Francisco, el santo de las criaturas.

Este es un desafío ineludible del Sínodo sobre la sinodalidad.

## Notas

- 1 \_\_\_\_\_ BRIGENTI, A. (2024). “Igreja Sinodal em missão: Registros a partir da Assembleia e do relatório de Síntese”. In: *REB*, volumen 84, número 327, p. 145-168, Ene/Abr. 2024. *Cursivas de los autores.*
- 2 \_\_\_\_\_ Ver, entre otros: <https://www.publico.pt/2023/02/02/azul/noticia/duvida-verdade-10-ricos-sao-responsaveis-maioria-emissoes-2034971>.
- 3 \_\_\_\_\_ MAZZUCO FILHO, V. (2021). *Ecoteologia*. Bragança Paulista, SP: Universidade São Francisco.
- 4 \_\_\_\_\_ BONNEUIL, C & FRESSOZ, JB. (2024). *O acontecimento Antropoceno: a Terra, a história e nós*. São Paulo: Quina Editora; Campinas: Editora Unicamp, 2024, p. 13. El término fue propuesto inicialmente en el año 2000 por Paul Crutzen, químico de la atmósfera y Premio Nobel.
- 5 \_\_\_\_\_ Como afirmó el papa Francisco: “ni siquiera podemos decir que la naturaleza es un mero ‘marco’ donde desarrollamos nuestra vida y nuestros proyectos, porque ‘estamos incluidos en ella, somos parte de ella y estamos interpenetrados’ (LD139)” (LD 25).
- 6 \_\_\_\_\_ Según el papa Francisco, “no todo aumento de poder es un progreso para la humanidad (...), porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad (...). Por eso, está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo” (LD 24).

## Roberto Malvezzi (Gogó)



Brasileño. Laico. Graduado en Filosofía, Teología y Estudios sociales. Es miembro del equipo asesor de la Comisión Especial de Ecología Integral y Minería de la Conferencia Nacional de Obispos de Brasil (CNBB). También ha hecho parte del equipo asesor de la Red Eclesial Panamazónica (Repam) de Brasil. Es escritor y compositor. Participó en la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la Región Panamazónica en 2019.

## Moema Miranda



Brasileña. Laica. Pertenece a la Orden Franciscana Seglar (OFS). Es antropóloga, Magíster en Antropología Social por el Museo Nacional de UFRJ y Doctora en Filosofía por la PUC-RJ. Es profesora del Instituto Teológico Franciscano. Integra la coordinación de la Red Iglesias y Minería. Es asesora de la Comisión Episcopal Especial de Ecología Integral y Minería de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil (CNBB) e integra la Coordinación Nacional del Servicio Interfranciscano de Justicia, Paz y Ecología. Participa del Equipo Coordinador de Amerindia. Es asesora de la Red Eclesial Panamazónica (Repam) y forma parte de la coordinación nacional de la Comisión Brasileña de Justicia y Paz.

En este texto queremos reflexionar, intentar comprender y sugerir alternativas a lo que nos parece una ausencia relevante. De forma clara y comprometida debemos reconocer que en algunos de los principales documentos sinodales ha estado ausente el mundo. ¡Sí! El mundo en el que somos Iglesia. Todo sucede como si habitáramos un tiempo-espacio histórico indeterminado e indiferenciado. Y la ausencia no es solo de una referencia sustantiva a las llamadas “cuestiones ambientales”.

Queremos enmarcar el debate en términos más profundos: estamos experimentando efectivamente la posibilidad de que los seres humanos podamos destruir las condiciones de habitabilidad para la vida en el planeta Tierra. No se trata de alarmismo, pesimismo ni catastrofismo. Esto no es una idea, una opción de interpretación o hermenéutica. Es la expresión indiscutible de la realidad del planeta.

La realidad del mundo de hoy —las amenazas reales de destrucción— no puede estar ausente del proceso sinodal que recoge ideas para una eclesiología contemporánea. La ausencia del mundo en los documentos hace aún más urgente que en las próximas etapas el grito de la Tierra sea escuchado seriamente, en Espíritu y verdad: cualquier soteriología hoy supone tener como misión eclesial salvar la Tierra de la destrucción antrópica.



Observatorio  
Latinoamericano  
de la Sinodalidad

ISBN: 978-9915-9699-8-5



9 789915 969985